

En torno a la naturaleza de la Ética

Cruz Aguilar, Juan José. Maestro en Filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México; Licenciado en Filosofía por la Universidad Autónoma del Estado de México; profesor de la Licenciatura en Filosofía de la Facultad de Humanidades y de Ética en el Plantel "Ignacio Ramírez Calzada" de la Escuela Preparatoria.



Virginia Argelia Díaz González Borja. Edificio Histórico de Rectoría. UAEMéx. 1 de marzo de 2023

Resumen:

El siguiente texto pretende exponer de manera clara las características de la ética no como una mera disciplina o rama de la Filosofía, sino como una tarea práctica e ineludible que consiste en la construcción de sí mismos.

Es habitual hacer referencia a la Ética como una mera disciplina o rama de la Filosofía. En este sentido, se puede apuntar que la Ética se encarga del estudio y reflexión del actuar humano, centrándose en sus intenciones y motivos. La dimensión de la vida humana que comprende el actuar humano es la moralidad, la moral. En ésta última yacen las costumbres o hábitos que modelan la vida. Se puede decir que la Ética es el estudio de la moral. Dicho estudio tiene una tarea que puede ir en tres direcciones: la primera, tratar de determinar en qué consiste la moral; la segunda, dar razones que permitan comprender este fenómeno humano llamado moral y, finalmente, dirigir los resultados de las tareas anteriores a la práctica.

Esta última tarea, le confiere a la Ética una dimensión especial, pues por un lado se ciñe a ser una disciplina filosófica como ya hemos descrito, pero también, y quizá esto sea lo más importante, la Ética consiste en una práctica, *práxis*, en una labor dirigida a la construcción de sí mismo.

La etimología de la palabra en cuestión nos puede ayudar a comprender esta segunda dimensión de la Ética por la que apostamos en este trabajo. En el caso de la Ética, y la Filosofía en general, la investigación etimológica nos permite pasar del *quid mominis al quid rei*. Esta vía de penetración en el término Ética nos descubre su sentido, su fuerza elemental, gastada con el uso y abuso a lo largo de los siglos. Es desde luego necesario regresar a la raíz de las palabras para recuperar su sentido auténtico, para enfrentarnos aquellas experiencias originarias o primeros encuentros del ser humano con la realidad (González, Juliana, 2007, Cfr. p. 9). Son dos rutas las que se pueden seguir en esta arqueología de las palabras: la griega y la latina. Nosotros recorreremos la senda de la vía griega pues, estamos alertados, como refiere Aranguren, sobre cómo las traducciones latinas de las palabras griegas, filosóficamente más importantes, han oscurecido, en algunos casos, su genuino sentido (Aranguren, José Luis, 1968, Cfr. p.22).

El término Ética procede del vocablo griego ἦθος (*êthos*) y tiene dos sentidos. El más arcaico remite a «residencia», «morada» o «lugar donde se habita». En principio el término fue utilizado para hacer referencia a los animales, para señalar los lugares donde se crían o encuentran; posteriormente se traslada al terreno humano. Este sentido primigenio alude, como escribe Juliana González, a un "lugar de resguardo", de protección, de refugio, a un espacio vital, cubierto de la intemperie o inclemencias naturales, que se suele «habitar».

Por otro lado, en la esfera humana el *êthos* señala la «morada» del hombre. Este segundo sentido fundamental nos abre la comprensión de la palabra *êthos* en una dimensión que rebasa la mera consideración de la Ética como una rama o disciplina de la Filosofía. Pues, el *êthos* en el ser humano ciertamente no trata ya de un espacio exterior en el cual guarecerse o protegerse de la intemperie. Ahora se trata de la «morada interior» del "lugar" que el ser humano lleva en sí mismo. El *êthos* deviene en la morada que cada ser humano porta, en la base firme de la que emanarán sus actos, *práxis*, en el "lugar" interior de seguridad existencial.

Es evidente que el vocablo griego *êthos* rebasa toda consideración usual sobre la Ética. A la riqueza de sentido referida anteriormente, habría que agregar la acepción de la tradición filosófica a partir de Aristóteles en la que *êthos* significa «modo de ser» o «carácter». Este «modo de ser» o «forma de vida» se va adquiriendo, incorporando, construyendo, a lo largo de la existencia. El *êthos* es, como sostuvo Zenón el estoico, la fuente de vida de la que emanan los actos humanos.

Es prudente preguntar ahora ¿cómo se da esa apropiación-construcción del *êthos*? Para responder a tal planteamiento de nuevo viene a nuestro auxilio la etimología, pues ἦθος (*êthos*) se desprende de ἔθος (*êthos*) hábito o costumbre. Esto significa que el «carácter» o «modo de ser» se deriva del hábito, en este sentido el *êthos* no es dado por naturaleza, sino adquirido, construido, por el hábito. Éste último es el resultado de la

repetición de los actos, de las costumbres. Un hacer continuo, una práctica constante, es lo que devendrá en hábito. De aquí se puede desprender una relación intrínseca entre *êthos*, hábitos y actos. Pues el *êthos* es la fuente de los actos que, gracias a su regularidad, se convierten hábitos, y, a la vez, el *êthos* es un resultado que se logra con el hábito. Esta relación circular, pero no contradictoria entre *êthos* como «modo de ser» y *êthos* hábito, dan sentido esencial a la noción de la Ética como una labor o tarea, que no consiste sino en la construcción de sí mismo mediante el obrar.

Frente a la consideración convencional de la Ética como simple estudio de los actos morales o las costumbres, es decir, su carácter de rama de la Filosofía ha de levantarse el sentido genuino y originario de lo Ético como *êthos*, cómo un hacer constante. Aquel lugar de resguardo del que se hablaba en la noción más arcaica del *êthos*, en el caso de los seres humanos se hace, se configura, se construye. Tomando distancia del sentido literal del vocablo *êthos*, la morada del ser humano, su "lugar" de confort y seguridad es él mismo. Eso que es cada ser humano es resultado de su actuar, de sus acciones. Cada decisión nos configura y, como no dejamos de actuar durante toda nuestra vida, eso que cada uno es, su *êthos*, es un proceso, un proyecto. Es *práxis* y *póiesis*, práctica y creación (González, Juliana, 2007, Cfr. p. 11). Justo por el carácter práctico y creativo del *êthos*, es que se alude, ya desde Aristóteles, a él como una «segunda naturaleza», levantada sobre la primera naturaleza (*physis*). El *êthos* en el ser humano trasciende la mera naturaleza creando o diseñando constantemente su destino.



Imagen tomada de internet.

Esta consideración del *êthos* revela una visión de lo humano como proyecto, como una tarea por hacer, un destino por forjar. La «segunda naturaleza» de la que hemos hablado no es pues una esencia inmutable o inalterable, sino una labor permanente de lo que hemos sido, somos y seremos. Somos el resultado y la fuente de nuestras obras, "padres" e "hijos" de nuestro propio *êthos*, "[...] cada uno es, en cierto modo, causante de su modo de ser [...]" (Aristóteles, 2007, p. 81). Que mejor ocupación la del ser humano que de encargarse de sí mismo. Esta ocupación de sí concede a la Ética una dimensión ontológica, una ontología del hombre, pues implica una reflexión sobre las posibilidades de lo humano, naturaleza humana, y a la vez, una hacer, una construcción de la humanidad.

La construcción de sí, si bien es resultado del obrar individual, no se cierra en un yo aislado o centrado sólo en sí mismo. La forja de un *êthos* apunta hacia el individuo, pero inserto en la comunidad, en la colectividad. La construcción de sí sólo se puede realizar plenamente en y con los otros. La permanente edificación del *êthos* sólo cobra sentido en relación e interacción con la sociedad. Aristóteles no sólo se ocupó de la naturaleza del ser humano, sino de su relación con la sociedad, pues considera que el individuo sólo se puede realizar plenamente en relación con los otros. El estagirita señala: "[...] el hombre es por naturaleza un animal social (*zōon politikón*), y que el insocial por naturaleza y no por azar es o un ser inferior o un ser superior al hombre" (Aristóteles, 2019, p. 62).

Esta consideración de la Ética como *êthos* suele perderse cuando se hace de ella sólo el estudio de los actos morales y de los hábitos (virtudes o vicios), olvidando su carácter práctico y creador. Es importante resaltar además que el sentido de Ética favorecido por nosotros, no se halla inserto en las categorías morales (del latín *mos, mores*) de lo bueno o lo malo. Preferimos apuntar hacia la Estética como complemento de la Ética. La propuesta es una Ética no moralizante, como guía del deber ser, sino una Ética-estética. Siguiendo con la consideración del *êthos* como una construcción permanente de sí mismo, pero ahora con la perspectiva de la Estética, es posible utilizar la metáfora de escultura de sí. Cada ser humano es el artífice, el autor, el artista de sí mismo. Nosotros somos el escultor, el que con su obrar construye, y al mismo tiempo, somos el resultado de ese obrar, somos la escultura. Como toda obra artística, la escultura de sí estará sujeta a criterios de armonía, equilibrio y belleza, con miras hacia la perfección.

Finalmente, podemos sostener que la ética trasciende su consideración como asignatura o campo disciplinar del saber, y ha de ser considerada como una tarea central y prioritaria de la vida, pues no tiene otra finalidad más que la de hacer humanidad en comunidad.

Referencias

- Aranguren, José Luis, (1968) *Ética*, Madrid, Revista de Occidente.
 Aristóteles, (2007), *Ética Nicomáquea*, Madrid, Gredos.
 —, (2019), *Política*, Madrid, Alianza.
 González, Juliana, (2007) *El ethos, destino del hombre*, México, FCE.